

La problemática del exilio: espacio de confluencias

Marcela Crespo

Sin duda, el discurso ha sido analizado en estos últimos años desde múltiples perspectivas. Cada disciplina lo aborda y analiza esgrimiendo estrategias particulares, aunque muchas de éstas resultan ser complementarias.

Mi propósito es proponer una serie de reflexiones en torno a un texto literario que trata la problemática del exilio, estableciendo una de las tantas vinculaciones posibles entre las distintas disciplinas antes mencionadas: la teoría literaria, a partir de algunos postulados de la sociocrítica, y la lingüística, a través de una serie de conceptos de la teoría de la enunciaci3n.

La sociocrítica tiene por objeto la interdiscursividad como sociodiscursividad. Esto puede definirse¹ en base a dos postulados te3ricos:

- el concepto de escritura y de inscripci3n subjetiva (datos geogr3ficos, hist3ricos, sociol3gicos, tambi3n una etnograf3a social); es decir, todas las formas del trazado del sujeto en una sociedad, donde deja su marca;
- la literatura como un conjunto de enunciados de saberes sociales o socializados, pero tambi3n una interferencia de esos saberes.

La propuesta consiste en poner en marcha una ret3rica de las hablas sociales, de los dialectos de clase, de los bables fronterizos, qu3 se dice, qu3 se escribe, qu3 se comenta, qu3 se charla... partiendo del presupuesto de que todo discurso remite a otro discurso.

Si todo es discurso enfrentado a lo real, debe

hablarse ya no de especificidades, sino de una multiplicidad de hablas que hablan de lo mismo en lugares distintos y de lo diferente en los mismos lugares. La permeabilidad de los discursos permite la modificaci3n constante de la fluencia discursiva y la disoluci3n de un referente absoluto.

Lo que se dice s3lo puede definirse en funci3n de lo que no puede decirse en una sociedad dada. Los tab3es y censuras discursivas marcan el lugar de los discursos, pero tambi3n su exclusi3n. Esto produce una extensi3n discursiva e imaginaria polifon3a en la superficie, que encubre fen3menos de silencio, clausura, mudez y ostracismo de otros discursos.

Lo literario es una confluencia de enunciados que migran, aceptan, transforman, divergen, modifican, la cual est3 sujeta a dos principios:

- es una construcci3n del observador
- est3 conformada por la doxa social que la instituye

Marc Angenot² se3alaba que, m3s all3 de la diversidad de los lenguajes que se ponen en funcionamiento en una sociedad dada, se deben identificar las dominantes interdiscursivas: maneras de conocer y de significar lo conocido propias de cada sociedad, que regulan y trascienden la divisi3n de los discursos establecidos. En este sentido, se habla de *hegemon3a* para referirse al conjunto de recurrencias que se mantienen y se desarrollan durante un tiempo. Entre los elementos que la componen es interesante destacar las *bases t3picas*, es decir, los enunciados del verosimil social, pues la hegemon3a sirve tanto para legitimar ciertos

1 Rosa, Nicol3s, *Manual de uso*, Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, 1998.

2 Angenot, Marc, «La inscripci3n del discurso social», en *Sociocriticism*, N3 1 Juillet, Ontario, 1985.

enunciados como para expulsar «otros».

El discurso social es heterogéneo, pero no sólo en su percepción global, sino en cada enunciado, ya que cada uno funciona polifónicamente. Esta heterogeneidad confluye en el concepto de *sociograma* propuesto por Claude Duchet³: «conjunto lábil, inestable, conflictivo, de representaciones parciales, centradas en torno a un núcleo, interactuando unas con otras».

El poder legitimante del discurso social es la resultante de una infinidad de micropoderes, de arbitrariedades formales y temáticas. La hegemonía, en este ámbito, funciona como censura y autocensura.

Sin embargo, también existen prácticas que, coexistiendo con las anteriores, son antagónicas: son discursos expresamente concebidos para desafiar esa hegemonía.

Por tanto, la sociocrítica dará cuenta de la *socialidad* de un texto desde dos puntos de vista:

- en tanto que el texto contribuye a producir un imaginario social, al ofrecer a un grupo social la figura de identidad;
- al permitir interrogarse acerca de cómo la sociedad viene al texto, es decir, cómo se produce la inscripción del discurso social.

El abordaje del texto literario propuesto por Angenot difiere del enfoque sociológico literario por el hecho de que éste trabaja sobre el lenguaje y el texto mismo, su materialidad, mientras que la sociocrítica sostiene que el objetivo de la escritura no consiste en captar lo extratextual, conocer y representar las verdades del mundo, sino que la literatura opera con referencia a otras prácticas discursivas. Se trata de ver de qué forma la realidad es tematizada, representada, interpretada, semiotizada, por alguien que se sitúa en la sociedad, en el rumor fragmentado que constituye el discurso social.



3 Citado en: Angenot, Marc, «La inscripción del discurso social», en *Sociocriticism*, N° 1 Juillet, Ontario, 1985.

Lo que estuve señalando hasta aquí son simplemente conceptos básicos acerca de cuáles son las preocupaciones de la sociocrítica. Pero si se piensa en el abordaje lingüístico del discurso y se considera una teoría como la enunciación, veremos que los planteos de ésta, si bien no son los mismos, tienen algo más en común que el hecho de referirse al discurso. Para abordar estos puntos de contacto será necesario recurrir a la referencia de dos conceptos que estudia la sociocrítica, en los cuales los rasgos enunciativos resultan particularmente significativos: el de sujeto cultural y el de la dicotomía lugar-no lugar, los cuales serán pensados a partir de un cuento de Carlos Fuentes, «Las dos Américas», perteneciente al volumen *El naranjo*, publicado en 1993.⁴



El sujeto cultural

La cultura puede ser definida como espacio ideológico cuya función objetiva consiste en enraizar una colectividad en la conciencia de su propia identidad. Su característica fundamental es ser específica: la cultura sólo existe en la medida en que se diferencia de las otras y sus límites vienen señalados por un sistema de indicios de diferenciación. La cultura funciona como una memoria colectiva que sirve de referencia. No es una idea abstracta, sino que existe a través de manifestaciones concretas:

1. el lenguaje y las diversas prácticas discursivas
2. el conjunto de instituciones y prácticas sociales
3. su particular manera de producirse en los sujetos, conservando, sin embargo, idénticas formas en cada cultura

El sujeto cultural, tal como lo concibe Edmond Cros⁵, constituye una instancia que integra a todos los individuos de la misma colec-

4 Fuentes, Carlos, *El naranjo*, Madrid, Alfaguara, 1993.

5 Cros, Edmond, *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*, Buenos Aires, Corregidor, 1997.

tividad puesto que, de acuerdo con él, la cultura requiere la sumisión de la subjetividad en el seno de la misma representación colectiva que la aliena. Sujeto cultural supone:

1. una instancia del discurso ocupada por el Yo
2. una emergencia y funcionamiento de una subjetividad
3. un sujeto colectivo
4. un proceso de sumisión ideológica

Es por medio del lenguaje como el hombre se constituye en tanto que sujeto. Benveniste sostiene⁶ que:

Es «ego» quien dice «ego». Ahí es donde se halla el fundamento de la subjetividad que se determina por el estatuto lingüístico de la persona [...] Es, pues, literalmente cierto que el fundamento de la subjetividad se halla en el ejercicio de la lengua [...] Se verá que no hay más testimonio objetivo de la identidad del sujeto que el que éste da sobre sí mismo al hablar.

Cuando el sujeto se instala en esta estructura *las formas hablan por él*. Esta idea de la subjetividad como producto del lenguaje implica ya *una división entre el sujeto que habla y el sujeto hablado [alienación en el discurso]*. En este sentido, la emergencia del sujeto supone un pasaje del dominio de la lengua al del habla, ambos constitutivos, según Benveniste, de la antinomia en el sujeto.

El signo convoca a la realidad y la realidad se desvanece en el signo en beneficio de su representación. Y lo mismo sucede con el sujeto, quien no habla, sino que es hablado por el discurso: permanece oculto en el decurso del habla del sujeto hablante. El sujeto emerge de la red de signos organizada según líneas de sentido y trazados ideológicos que constituye la cultura. La verdad de su ser sólo puede emerger en esa articulación del lenguaje que constituye la enunciación. El sujeto se encuentra presentificado bajo formas que atestiguan la mayor o menor distancia que éste adopta respecto de sus enunciados. En casos extremos,

la subjetividad puede desaparecer de la puesta en escena: esto ocurre con el empleo de las formas impersonales que caracterizan las repeticiones explícitas de la doxa, los tópicos, los clichés, los ideogramas, todos los cuales representan al estrato más visible de la instancia regida por el sujeto cultural.



En el cuento de Carlos Fuentes, ocurre algo peculiar con respecto a esto. Colón llega a América habiendo perdido a todos sus compañeros en el viaje. Se asienta en ese paraíso terrenal que constituye el nuevo mundo y, a modo de cumplimiento de sus obligaciones con la corona, arroja una botella al mar explicitando todas las maravillas que encontró. Sin duda, estaba seguro de que no llegaría nunca a España. Luego de 500 años, aparece un avión en las costas americanas, del cual bajan unos cuantos japoneses que, habiendo capturado la botella, vienen a negociar con Colón la sesión de tierras para la construcción de megacomplejos turísticos.

Al comienzo podría decirse que se produce un encuentro de culturas: la que representa Colón y la que representan los aborígenes americanos:

En los días próximos, cuidado y protegido por este pueblo, recuperé mis fuerzas y me admiré de ellos. Eran hombres y mujeres sin mal de la guerra, desnudos, muy mansos y sin armas [...] Sí, había llegado al Paraíso y mi dilema era uno solo: comunicar o no este hallazgo a mis ilustres patronos europeos. Quedarme callado o anunciar mi hazaña. Escribí cartas apropiadas para que el mundo me honrase, asombrado, y los monarcas de Europa se rindiesen ante mi hazaña ¿Qué mentiras no conté? (p. 240)

Pero no es este encuentro el que resulta relevante en el cuento, sino otro: el encuentro entre un Colón americanizado y respetuoso del mundo virgen con la arrolladora maquinaria turística japonesa:

6 Benveniste, Emile, *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI, 1995.

Yo no había llegado al Japón. Japón había llegado a mí. Rodeado de seis personas, cuatro hombres y dos mujeres, que manipulaban toda suerte de artefactos [...], mi visitante se presentó sencillamente como el señor Nomura. Su argumento fue directo, claro y simple. —Hemos observado con atención y admiración su custodia de estas tierras. Gracias a usted, el mundo cuenta con una reserva inmaculada de ríos, bosques, flora y fauna, playas prístinas y pescado incontaminado. Felicidades, Cristóbal San. Hemos respetado su aislamiento durante mucho tiempo. Hoy ha llegado el momento de que usted comparta el Paraíso con el resto de la humanidad. [...]

Firmé más papeles que durante las Capitulaciones de Santa Fe con los Reyes Católicos. Nomura y su ejército de abogados japoneses [...] me hicieron ceder las playas de Antilia a la Compañía Meiji quien a su vez subcontrató su desarrollo a la Compañía Amaterasu, la cual en su turno cedía la construcción de hoteles a la corporación Minamoro... (pp. 252-253)

De esta forma, en el cuento tenemos configurados tres sujetos culturales: el americano, el europeo y el oriental, cada uno de ellos definido por determinados subjetivismos que lo identifican: el americano es el sujeto *sin mal de guerra, manso y sin armas*, el europeo es *ambicioso y fabulador* y el oriental es el *prototipo de la sociedad tecnocratizada*.

Curiosamente, Colón comparte características de los tres: proviene del mundo europeo, por lo cual se preocupa por su fama y riqueza; se adapta al mundo americano y se preocupa por respetarlo, al no aceptar los rumores que lo convertían en el protagonista de una leyenda divina, pero, finalmente, cede las tierras americanas a las corporaciones japonesas, a cambio de ciertas rentas.

Todas estas conclusiones se apoyan en los distintos discursos que circulan en el texto y que representan a cada tipo cultural. Ahora, ¿por qué Colón resulta ser una figura sincrética

de las tres culturas? Para responder esta pregunta, abordaré el segundo concepto estudiado por la sociocrítica y mencionado al comienzo: la dicotomía lugar-no lugar.



Dicotomía lugar-no lugar

Según Marc Augé⁷, la organización del espacio y la constitución del lugares son, en el interior de un mismo grupo social, una de las apuestas y una de las modalidades de las prácticas colectivas e individuales. Las colectividades, como los individuos que se incorporan a ellas, tienen necesidad de pensar la identidad y la relación. El tratamiento del espacio es uno de los medios de esta empresa.

El lugar antropológico es el principio de sentido para aquellos que lo habitan y se define por tres rasgos:

1. es identificatorio, puesto que nacer es nacer en un lugar, tener destinado un sitio de residencia, por lo tanto, el lugar de nacimiento es constitutivo de la identidad individual;
2. es relacional, pues se comparte con otros la inscripción en el suelo. Michel de Certeau⁸ ve en el lugar el orden «según el cual los elementos son distribuidos en sus relaciones de coexistencia», define el lugar como una «configuración instantánea de posiciones»;
3. es histórico, porque se define por una estabilidad mínima, por eso aquellos que viven en él pueden reconocer allí señales que no serán objetos de conocimiento para otros.

Para Colón, en «Las dos Américas», la búsqueda de su lugar antropológico es conflictiva:

No soy ni catalán ni gallego, ni mallorquí ni genovés. Soy judío sefardí, cuya familia huyó de España después de las persecuciones de siempre: una más, una de tantas, ni la primera ni la última... (p. 246)

Mi patria es el mar. (p. 244)

7 Augé, Marc, *Los «no-lugares». Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa, 1996.

8 Citado por Marc Augé.

Peregrino huyendo de las agobiantes ciudades europeas, intentando integrarse al mundo americano:

Comparo esta vida con la que dejé atrás en Europa y me estremezco. Ciudades sepultadas en basura, redimidas a veces por el fuego pero ahogadas enseguida por el hollín. Ciudades de intestinos visibles, coronadas de feces, por cuyas alcantarillas corren el pus y la orina, la sangre menstrual y el vómito... (p. 248)

Pero será nuevamente expulsado, perderá su paraíso, su posibilidad de identificación, su nuevo punto de referencia cultural:

¿Qué creía, que iba a mantener su Paraíso apartado de las leyes del progreso para siempre? [...] Sépalo ya: No hay paraíso sin jacuzzi, champaña, Porsche y discoteca. No hay paraíso sin patatas fritas, hamburguesas, aguas gaseosas y pizzas napolitanas. Para todos los gustos. [...] En el vuelo de Iberia soy tratado como lo que soy: una reliquia venerable... (p. 258)

Finalmente, se abre la última posibilidad de identificación cultural con su regreso a España, pero sin duda incierta:

Voy de regreso a España. Voy de vuelta al hogar. En cada puño, llevo las pruebas de mi origen. En una mano, aprisiono las semillas del naranjo. [...] En la otra, llevo la llave helada de mi casa ancestral en Toledo. A ella regresaré a morir. (p. 259)

¿Qué encontraré al regresar a Europa? (p. 260)

Conclusión

Colón es desgajado socialmente de su lugar de origen y de su cultura. Los mantiene a través del recuerdo, pero éste es un recuerdo negativo, que se evidencia a través de la subjetividad de su discurso: la Europa de 500 años atrás es «un huerto *calcinado*, [con] playas con *resacas de mierda*, [con] paños *sangrantes*, *moscas y ratas*, [con un] *cielo acre* y un agua *envenenada*». Por otra parte, América, su segundo lugar posible, es invadido por el fenómeno turístico llevado por los japoneses.

Colón se encuentra en el no-lugar. Si el lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse en tales sentidos definirá un no-lugar. El lugar y el no-lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca completamente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente; son palimpsestos donde se reinscriben sin cesar el juego de la identidad y de la relación.

La aparición y proliferación de los no-lugares implican una forma muy particular de la soledad. En el texto de Fuentes, Colón siempre está solo. Los que para otros se constituyen como lugares, para este personaje se transforman en no-lugares, pues la identificación nunca logra concretarse totalmente.

Cuando la sociocrítica habla de no-lugares, generalmente se refiere a los aeropuertos, los shoppings o espacios semejantes. A partir de este análisis se concluye que, aunque Colón no ocupa esos espacios, para él todo espacio que podría constituirse como lugar se transforma en un no-lugar, pues siempre está «de paso» por todas partes: es un eterno exiliado, tanto en el sentido físico como en el temporal.

